

gar á los que fuesen denunciados. No comenzó esta indulgencia hasta los últimos años del reinado de Trajano, el cual se habia visto en uno de aquellos singulares peligros que envia la providencia para recordar á los Príncipes del siglo la idea de un primer Autor que tiene en su mano la suerte de los dueños del universo y del universo mismo.

62. Sobrevino un espantoso terremoto por el invierno en Antioquía donde se hallaba el Emperador descansando con el ejército, que regresaba de sus gloriosas expediciones contra los Partos, y aunque causó poco daño en las ciudades vecinas, trastornó enteramente la capital de Siria. Habia en su vasto recinto un prodigioso concurso ya de soldados que acompañaban al vencedor del Asia, ya de Diputados de las naciones, y Embajadores de los Príncipes extranjeros, y ya de los que habian acudido de todas partes atraídos de la magnificencia de las fiestas y espectáculos. Y así, dice Dion Casio, apenas hubo provincia ni ciudad, cuyos habitantes no tuvieran parte en tan funesta catástrofe, y mudó de improviso aquella escena de placeres en un luto universal (1).

El horizonte apareció muy encendido, y unos torbellinos de viento en extremo furiosos llenaron los ánimos de pavor: poco despues resonó en las entrañas de la tierra un espantoso ruido; alteróse el mar y las olas se levantaron con una violencia que crecía á cada instante. Conmovióse tan horribilmente el monte Casio, poco distante de Antioquía, que solo

(1) *Dion. Cas. Epitom. ad Trajan.*

esperaban que se hundiese y cayese sobre las habitaciones. Dábanse unos con otros los edificios mas sólidos, agitados por contrarios impulsos, y al fin vinieron á tierra y se arruinaron hasta los cimientos. Blanquearon los campos lejanos las aguas espumosas del río; parecia elevarse y abrirse alternativamente la tierra, en los parages donde no habia edificios, como las entrañas de un animal que palpita al tiempo de espirar. En fin el cielo, el mar y la tierra todo presentaba el mas horroroso espectáculo. Mudaron el dia en una noche profunda el polvo y el humo, causando las mas espesas tinieblas; de suerte que solo podia juzgarse del horror de la escena por los gritos lamentables de las infelices víctimas que la tierra tragaba en su seno, ó por los de aquellos que creyendo salvarse con la fuga, se precipitaban de lo mas alto de las casas quedando sepultados en sus ruinas. Los que tuvieron la felicidad de evitar la muerte quedaron estropeados ó heridos peligrosamente, y de tantos millones de personas como habia en Antioquía solo dos escaparon salvas y sanas.

Murió poco despues arrojando sangre á borbotones el Cónsul Pedon, que habia recibido un gran golpe en el pecho. Para colmo de desgracia, los heridos y todos los que se habian refugiado á las bóvedas subterráneas ó á otros lugares que juzgaban estar á cubierto del peligro, perecieron de hambre y de miseria por la imposibilidad de llevarles socorros; pero este terrible azote duró mucho tiempo sin interrupcion de dia ni de noche. Comenzóse á cavar en

las ruínas, luego que cesaron los temblores, para librar á los que no habian sido ahogados ni sepultados: y entre otros cuadros interesantes se halló un niño abrazando á su madre muerta, chupando todavía el pecho y disputando á la hambre una vida que habia escapado de tantos peligros. Miró el Emperador como un prodigio el haberse salvado de esta general desgracia saltando por una ventana de su palacio. Salió herido de un brazo, y pasó el tiempo que duró el terremoto en la plaza de Hipodromo á cielo raso, ó en una mala tienda de campaña compuesta á la ligera en medio de los cadáveres y ruinas de esta desgraciada ciudad, que era la tercera del Imperio.

Demuestran todas las circunstancias de esta terrible desolacion que fue un castigo de la divina venganza. Nada nos dicen en particular los historiadores, en los pocos escritos que se han salvado del naufragio de los tiempos, sobre la muerte de los Cristianos de Antioquía. Pero es verosímil que fuesen instruidos proféticamente de este peligro, y que le huiesen prudentemente á egemplo de lo que hicieron sus hermanos de Jerusalem, que se retiraron algun tiempo antes á Pella. Al menos es constante que Herón, Obispo de Antioquía, sobrevivió á tantas muertes, y que gobernó su Iglesia muchos años despues del terremoto.

63. Principió á tomar crédito hácia el fin del reinado de Trajano el error de los Milenarios, que algunos hereges declarados habian popularizado mucho

tiempo antes; pero no le pudieron acreditar entre los Cristianos virtuosos.

64. Sin embargo Papias, Obispo de Jerápolis en Frigia, le autorizó en gran manera en su obra de la esposicion de los discursos del Señor, dividida en cinco libros, donde lo enseña, confundiéndolo con otras muchas cosas escelentes. Era Papias un hombre de una rara virtud pero de una sencillez aun mas extraordinaria, de un talento menos que mediano, á juicio de Eusebio, y de muy corta sagacidad y discernimiento; lo que fue causa de que confundiese las parábolas y los sentidos místicos de los Apóstoles con el sentido literal de la Escritura. Mostraba un gran respeto á los discursos de los antiguos; y si encontraba á alguno que los hubiese tratado le preguntaba con ansia: ¿qué decia Andrés, ó Pedro, ó Mateo, ó el Santo Sacerdote Juan, antiguo discípulo del Señor? Él mismo lo habia sido de este Sacerdote Juan, que se cree ser aquel Juan Marcos, pariente de San Bernabé de quien se habla en las actas de los Apóstoles, y de un modo mas honroso en las epístolas de San Pablo. La adhesion de Papias á la tradicion, su piedad y sus muchos años le adquirieron gran crédito y contribuyeron no poco á autorizar su error.

Adoptó una opinion tan estraña San Ireneo, aquel ilustre Doctor que habia sido su discípulo, no por preocupacion respetuosa en favor de su maestro como sucede muchas veces, sino porque juzgaba encontrar en los escritos de San Juan esta doctrina, por

cuya razon la abrazaron otros muchos Doctores; pero la interpretaban de muy diverso modo los autores que se sujetaban á la Iglesia y sus enemigos. Los Católicos engañados creían solamente que despues de la venida del Ante-Cristo, habria una primera resurreccion para solos los justos que hubiesen muerto; y que todos los hombres buenos ó malos que entonces viviesen, serian conservados en la tierra, los buenos para servir á los justos resucitados como á sus príncipes, y los malos para ser esclavos de los buenos; que la ciudad y templo de Jerusalem serian reedificados con la magnificencia correspondiente á este nuevo reino. Aplicaban á esta ciudad la descripcion alegórica que el Apóstol San Juan hace en el Apocalipsi de la Jerusalem celeste, y publicaban que Jesucristo descenderia entonces sobre la tierra para reinar en ella mil años, durante los cuales los santos de los dos Testamentos vivirían con él en un perfecto gozo. Esta primera resurreccion segun aquellos intérpretes que entendían muy á la letra las divinas Escrituras, debia ser como un ensayo de la inmortalidad para acostumbrarse insensiblemente á la vista de Dios.

Por ningun medio podia escusarse el modo grosero con que interpretaban esto los hereges, sosteniendo con teson que entre banquetes continuos y entre placeres carnales consumirían los santos en la tierra el mismo espacio de mil años. Nos muestra la Iglesia, desaprobando uno y otro error, que se deben discernir con mucho cuidado las tradiciones; pues cuando otros las contradicen no se han de seguir las

de particulares hasta que reciban la aprobacion de la misma Iglesia. Á pesar de esto, como Papias se habia extraviado por una simplicidad que disculpaban el tiempo y las circunstancias, consiguió que se le contase en el número de los Santos.

65. Todavía reinaba Trajano, cuando los Judíos dirigidos por un cierto Andrias ó Andrés, y arrebatados de improviso por un espíritu de sedicion y fanatismo, pasaron á cuchillo en Alejandria y otras ciudades cercanas á todos los Griegos y Romanos que lograron sorprender (1). Empleaban para ello los modos mas crueles é indignos, no contentándose con quitarles la vida; comían las carnes de sus enemigos asesinados; se cubrían con sus pieles, y se ceñían con sus entrañas todavía calientes. En solo Egipto mataron doscientas mil personas, y en la isla de Chipre sacrificaron con corta diferencia el mismo número; que quiere decir, que esterminaron á casi todos sus habitantes, bajo la conducta de Artemon, y se acarrearón tanto odio que por fin los arrojaron de la isla y se les prohibió arribar á ella con pena capital, la que se egecutó rigurosamente aun con aquellos que se refugiaban en cualquiera de sus puertos por la fuerza de alguna tormenta.

Dieron los Judíos una batalla campal en el año siguiente y último del imperio de Trajano, en que consiguieron la victoria. Los vencidos se acogieron á Alejandria permaneciendo dueños de ella, y pasaron á cuchillo á todos los Judíos que descubrieron. En

(1) *Dion Casio Epitom. ad Trajan.*

Cirene vivian tambien muchos Israelitas rebeldes que contaban con el auxilio de sus hermanos de Alejandria, y en vez de desanimarse con la nueva de su derrota, cobraron nuevo espíritu y furor. Dirigidos por Luena, á quien eligieron Rey, recorrieron todo el pais como desesperados introduciendo el fuego y el saqueo por donde pasaban. El Emperador mandó á Marcio Turbio, que corriese contra ellos con tropas de infantería y caballería y con fuerzas navales. Resistieronse obstinadamente por largo tiempo, y causaron la muerte no solo de una multitud de estos frenéticos, sino tambien de los demás Hebreos de todo Egipto, que habian volado al socorro de Luena.

Temeroso Trajano de iguales turbulencias por parte de los Judíos de Mesopotamia, ordenó á Lucio Quieto que se preparase á atacarla. Hallólos este General ya puestos en defensa, y les dió una batalla en que pereció una multitud increíble. De este modo mientras la Sinagoga justificando con sus rebeliones la severidad del cielo se sepultaba ella misma bajo sus ruinas cubierta de oprobio, la Iglesia por medio de las tribulaciones que resistia solo con su paciencia, florecia cada dia mas.

Murió Trajano, poco despues de estas sangrientas victorias en el año veinte de su reinado, que corresponde al 117 de Jesucristo. Sucedióle Adriano su primo hermano, é hijo adoptivo, que no prodigó mas proteccion á los hijos sediciosos de Jacob.

Mas con tantas pérdidas consecutivas los obligaban á conservarse tranquilos, sin inspirar temor á los Ro-

manos; trocaron estos la venganza en compasion ó por mejor decir en desprecio. Los Judíos se aprovecharon de esta indulgencia para conspirar de nuevo, y ocasionar á corto tiempo la destruccion casi total de su nacion, bajo el mismo Imperio de Adriano.

66. La primera causa de la persecucion de Adriano, que San Gerónimo dice haber sido violenta, fue el error en que estaban los Romanos de confundir con aquel pueblo inquieto é indócil á los Cristianos originarios de Judea; pero no obstante Eusebio no pone á este Príncipe en el número de los Perseguidores, sin duda porque no publicó ningun edicto contra el cristianismo, y solo conservó el fuego mal apagado de la persecucion de Trajano. Esto nos induce á mirar los rigores impios de estos dos reinados como una sola y continuada persecucion. Adriano odiaba todas las religiones que se oponian á la de los Romanos y Griegos, y tenia aficion á los agüeros, á la astrología judiciaria, y á la magia, de que provino su odio contra los sencillos adoradores del verdadero Dios, á los cuales por otra parte confundia con las diferentes sectas de los Gnósticos.

67. Habíase entronizado con este nombre poco tiempo antes una turba de sofistas corrompidos, que autorizaban los vicios mas infames. Saturnino, Basílides y Carpócrates, tomaron las lecciones de Menandro, discípulo de Simon Mago; y nada era mas digno de execracion que los dogmas y la moral de estos sectarios que hacian una monstruosa amalgama de las verdades del Evangelio con las quimeras del paganis-

mo. No les satisfacía la noble simplicidad de nuestra Religión, y querían adornarla con las iniciaciones y observancias idolátricas, de lo cual resultaba una Religión imaginaria, y aun mas extravagante que el mismo Paganismo, privando de este modo al Cristianismo de la superioridad que le da sobre todas las supersticiones aquel carácter de sabiduría y dignidad que tanto se opone á ellas. Saturnino fue el primero que enseñó, que el matrimonio era una conjunción impura y detestable. Basíledes afirmaba, que el cuerpo de Jesucristo era fantástico, y que no había sido verdaderamente crucificado. Carpócrates enseñaba la misma doctrina con poca diferencia, y temía al Salvador por un puro hombre, distinto solo de los demás por la escelencia de sus virtudes.

68. Reunían todos estos Gnósticos ó iluminados, que así se llamaban indiferentemente para hacer detestable uno y otro nombre, á sus especulaciones absurdas las mas abominables máximas de doctrina. Sentaban por principio, que es inútil y aun prohibido resistir á la concupiscencia; que al fin era preciso seguir sus impulsos; que la carne es el enemigo á quien el Evangelio manda ceder en el viage de esta vida; y que así las obras de la carne no solo son permitidas sino de precepto. Miraban con horror al ayuno, vivían voluptuosamente, y consumían todo el tiempo posible en disoluciones y placeres. Oraban todos juntos y desnudos; eran comunes entre ellos las mugeres, y miraban esta costumbre como parte de la hospitalidad que dispensaban á sus hermanos.

En sus asambleas de religion daban suntuosos convites, y despues de comer y beber con esceso, arrojaba uno de sus ministros, segun se asegura, un pedazo de pan á un perro atado á los candeleros que alumbraban la asamblea, y apagada la luz satisfacía cada uno sus deseos impuros sin distincion alguna de objeto. Y á pesar de esto se esforzaban por todos los medios posibles en poner obstáculos á la generacion, con cuyo objeto hacian un estudio infame de las mas vergonzosas y abominables prácticas. Afirmaban que todas las acciones eran por su naturaleza indiferentes, y que la bondad ó malicia la recibian de las preocupaciones de los hombres. Dificultoso seria dar crédito á lo que San Epifanio cuenta de estos innovadores, si no nos constase por otra parte cuanta era la corrupcion de la doctrina de los antiguos filósofos, confirmada con los egemplos de aquellos, que siguiendo á su imaginacion ó á sus pasiones, quieren que consista la diferencia de los vicios y virtudes en solo el nombre ó en las preocupaciones. Y no cabe duda que todas estas primeras heregías no eran mas que una informe mezcla de la filosofía mal entendida y de la Religión.

Pródico, que despues llegó á ser gefe de una nueva secta denominada de los Adamitas, porque pretendian emular la vida de Adán y Eva en el estado de inocencia, fue discípulo de Carpócrates; pero al paso que se trataban mutuamente con mas licenciosa familiaridad, odiaban el matrimonio que segun ellos se introdujo por el pecado del primer hombre. Car-

pócrates tuvo un hijo llamado Epifanio, que no pasó de la edad de diez y ocho años, y sin embargo se hizo mas célebre que su padre. Fue adorado despues de su muerte como dios, y le erigieron templos en la isla de Cefalonia, celebrando su fiesta con sacrificios y libaciones; porque el culto de los Gnósticos estaba mezclado con la idolatría y la magia.

69. Pero nadie contribuyó tanto como Valentino á propagar la doctrina de los sectarios conocidos con el nombre de Gnósticos (1). Habiendo sido amigo de la verdadera fe mostró su celo en Egipto, de donde creen que era natural, y despues en Roma, y en todas partes arrebatava la admiracion por su talento, por su elocuencia, y por otras muchas cualidades que le hacian digno del Episcopado. Valentino pretendió por desgracia aquel santo carácter, y esta accion era suficiente en aquellos felices tiempos de fervor para que no se concediese. No sabemos qué Silla ambicionó, ni quién fue el digno Ministro que logró la preferencia. Opinan algunos autores que se trataba de la Cátedra Apostólica, y que San Pio ó San Eleuterio fue el Pontífice electo en lugar de Valentino, y se apoyan en un pasage de Tertuliano, que atribuye á esta Silla en términos formales la primacía del Episcopado; lo que manifiesta que se reconocia el Primado Pontificio de un modo espreso en los tiempos mas antiguos. Mas dejando aparte las demás circunstancias concernientes á Valentino, lo cierto es que se eligió un Obispo que acaso seria menos sabio que

(1) *S. Ireneo lib. 1. cap. 1. Tertul. in Valent. cap. 7. y sig.*

su competidor, pero mucho mas humilde y fortalecido en la fe. Principió Valentino despechado á impugnar la doctrina de la Iglesia, de la cual se creía despreciado. Habia estudiado con teson la filosofía griega y especialmente la de Platon; y uniendo la ciencia de las ideas, los misterios imaginarios de los números, y la generacion de los dioses de Hesiodo con el Evangelio de San Juan, que era el único que veneraba, formó un sistema de Religion tan absurdo como podia esperarse de tan estravagante miscelánea. La nocion de los cuerpos la confundia con la de los espíritus; tomaba al pie de la letra los términos mas metafóricos; y de las palabras hacia personas, á las cuales atribuía cuerpos y aun sexos diferentes.

Redúcense principalmente las quimeras de Valentino á sus *Eones*, que no son otra cosa que el nombre de los siglos, répetido muchas veces en los libros santos, y que en la lengua griega se llama *Aiones*. Estos Aiones ó Eones eran, segun nuestro visionario, otras tantas personas, entre padres, madres é hijos, que distinguía hasta el número de treinta; lo que formaba la plenitud invisible, ó el misterioso Pléroma, segun el lenguaje de la secta. Valentino pretendia autorizar todos estos delirios con las divinas Escrituras; pero es de advertir que en medio de tan profanos y ridiculos emblemas el innovador conservaba la fe de los primeros misterios. Entendia por los Eones de la profundidad y el silencio la primera persona de la Trinidad, Dios Padre; el Hijo por la inteligencia y la verdad; y el Espíritu Santo por la

vida y el discurso. Segun un descubrimiento moderno (1) afirmaba tambien que el entendimiento ó inteligencia nacia de la profundidad, como hija suya, y que de estos dos Eones juntos dimanaba la vida; esto es, que la segunda persona de la Trinidad recibia su eterno nacimiento de Dios Padre, y al mismo tiempo el poder de producir la tercera persona juntamente con él, como que era de la misma naturaleza; lo que probaria contra los Griegos modernos la antigüedad de la creencia universal acerca del Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo. Así toda la magestad de nuestros santos misterios estaba degradada por este modo tan extraño de explicarlos, pues la verdad se vestia las formas de la mitología y de las supersticiones Paganas.

Los dogmas que influyen principalmente en las costumbres no eran menos corrompidos. Valentino establecia formalmente la inaccesibilidad de la justicia, dogma tan digno de su primer autor como de sus restauradores Lutero y Calvino; y de aquí concluía, que en virtud de la sola adopción divina podian los hombres salvarse, aunque careciesen de la fe exteriormente, la que no debian confesar con peligro de la vida. No es nuestro ánimo enumerar en este lugar todas las impiedades absurdas de la secta, bastando lo dicho para conocer á qué extravagancias se abandona el espíritu humano si pone en olvido las reglas prescritas por la Iglesia para la interpretación de las Escrituras. Estos delirios tuvieron un prodigioso nú-

(1) *Faid. Heres. antig.*

mero de partidarios, que en corto tiempo se subdividieron en un sin número de sectas contrarias las mas veces entre sí; unas consagrándose á las mas supersticiosas observancias, y las otras por un extremo diametralmente contrario despreciando todas las ceremonias y todo culto exterior. Eran los Setianos de estos últimos, que manifestaban un respeto sin límites á Set, hijo de Adán, haciéndole redentor de los hombres. Por el contrario los Cainitas afectaban honrar á Cain y á todos los malos condenados por las divinas Escrituras. Adoraban en fin otros á una serpiente que tenian por el Salvador del mundo, á los que se les dió el nombre de Ofitas, conforme á la etimología griega de la palabra serpiente.

70. Daban en estos estravíos los talentos mas superiores. Taciano, discípulo del ilustre Doctor San Justino, que habia adquirido gran celebridad por su excelente tratado contra los Gentiles, cayó en la herejía de Valentino, trabajando por propagarla en diferentes provincias de la Asia menor y de la Siria, y se erigió tambien en cabeza de la secta de los Encratitas ó Continentes, llamada así por la escesa abstinencia que afectaban. Jamás comian carne ni bebian vino, y aun solo usaban de agua para el cáliz en la consagración de la Eucaristía; condenando como malo el matrimonio á ejemplo de los Adamitas.

Añadió Casiano nuevos errores á los de Taciano y adquirió un nuevo nombre á los sectarios que se llamaban Dóctas ó Aparentes, porque sostenian con él, que el cuerpo del Salvador habia sido apa-